



La batalla de Uhud, entre mahometanos de Medina y árabes de La Meca. Fue la primera derrota de Mahoma, que allí perdió dos dientes. En el combate murió Hamza, pariente de Mahoma y dirigente de sus tropas.

clavo Bilal a muecín. El espíritu de hermandad primitivo. El sentido pactista de los árabes, etc... Lo que no se muestra es la cara del profeta y ni siquiera su voz, condición ineludible para que la cinta pudiera exhibirse en países musulmanes.

A la manera de un documental vemos aquí la captación de los primeros adeptos, el choque con la plutocracia religiosa de La Meca, la huida de los musulmanes hasta Abisinia, la marcha de Mahoma a Medina, la primera batalla victoriosa en los pozos de Badr en 623, la derrota al año siguiente en la montaña de Uhud, las primeras adhesiones importantes, la vuelta a la Meca, la destrucción de los ídolos...

Acaba la película antes de mostrarnos la extraordinaria

expansión del Islán fuera de la península arábiga, sustituida por imágenes de multitud de mezquitas repartidas por el mundo. Esa expansión calificada por Pirenne como «un verdadero milagro» (2). Y de la que Carlyle dijo que «con ella el pueblo árabe salió de las tinieblas gozando de la luz y vivificándose. Aquel conjunto de pobres pastores que vivía errante en los desiertos tuvo su Héroe - Profeta, portavoz de un mensaje que les inspiraba fe...» (3). Más agnóstico, Bertrand Russell situaría la ganancia material de la conquista y el botín por encima de esa fe, como móvil de la expansión. ■ V. M. R.

(2) Henri Pirenne: «Mahoma y Carlomagno», Alianza Universidad.

(3) Tomas Carlyle: «Los Héroes». Colección Austral, Espasa Calpe.

Los casanovas

Eduardo Haro Ibars

LOS personajes que la Historia nos ofrece son sombras, espectros maquillados por nosotros, a quienes prestamos vida y color, seguramente muy distintos a los que en vida tuvie-

ron: inventamos la historia a cada paso, inventamos el mundo y sus personajes, a partir de pequeños retazos de verdad, de datos que a veces, incluso, son falsos, y que nos valen

para dar una interpretación del mundo coherente y válida en el momento en que la damos. Esto, que es cierto para todos, lo es doblemente en el caso del Caballero Casanova, veneciano, falso Señor de Seingalt; y es así, porque él mismo, todavía en vida, fue una ficción. Casanova nunca existió: se inventó a sí mismo, y se plasmó en unas magníficas «Memorias», que tienen el doble valor de no ser en absoluto sinceras y de mostrar, además, el paso de un pensamiento anclado en el Medievo y en la superstición hasta las luminarias de la Ilustración naciente: Casanova fue mago y charlatán, como después Cagliostro, pero fue también un espíritu lúcido y escéptico; y ambos personajes se entremezclaban, se ensamblan, creando un tejido donde la verdad y la mentira forman una centelleante imagen del personaje y de su tiempo.

En sus «Memorias» —divertidas, cínicas, reflexivas y sobre todo gratamente mentirosas— se nos muestra como infatigable aventurero y amador, como una especie de superhombre en las artes amatorias. Y así lo muestra también César González-Ruano en la magnífica biografía que de él hace. Sin embargo, nada más lejos del romántico Don Juan a la espa-



ñola, que no piensa y que tiene terribles problemas con la culpa y el pecado. No es un hombre moral, al menos no es ese sentido. Es, ante todo, y siento repetirme, un mentiroso.

Mentiroso es también Federico Fellini; lo ha sido siempre. Se ha inventado un falso Satiricón, e incluso un falso Fellini a través de «Ocho y Medio», apelando para ello a la brillante falsedad del psicoanálisis. Era de esperar, pues, que los dos pícaros, los dos lúcidos magos italianos, se encontrasen. El «Casanova» de Fellini, no tiene nada que ver con la brillante, pero aburrida, reproducción histórica que sobre el mismo personaje hiciera Luigi Comencini; ni tampoco con las fantochadas que protagonizaran, respectivamente, Bob Hope —demasiado feo— y Tony Curtis —demasiado guapo— sobre el falso de Seingalt. Es una reflexión irónica y amarga, llena de poesía; la reflexión del augur que no puede reprimir la risa cuando se cruza



con otro de su misma profesión, porque conoce los trucos del oficio. Es también, en cierto modo, un cuento de hadas moral: nos narra aquí Fellini cómo el personaje se inventa a sí mismo, cómo se fabrica su mito de la nada y cómo no puede escapar a él. Sus proezas en el terreno sexual, sus invenciones, su misterio, se desvelan. Y se desvelan cubiertos de un lustre que no puedo por menos de llamar «veneciano».

No importan nada las inexactitudes históricas, los camelos de decorado, maquillaje, etc., tan queridos a Fellini: su historia es, con mucho, la más verdadera que se nos ha contado sobre Casanova, y lo es precisamente porque nos muestra sus máscaras, lo único que era este personaje. Es tal vez una de las películas que más nos revelan sobre el propio Fellini. Y esto, por la misma razón. ■ E. H. I.